

¿SON ÚTILES LOS LIBROS?

Voy a hablarles de libros. Los libros no son los únicos objetos que hay en el mundo y tampoco creo que estén entre las cosas más importantes. Pero he tenido mucha relación con los libros y ese es el motivo por el que se me considera competente para hablarles de ellos por la radio. Durante el transcurso de mi vida he leído muchísimos libros, he vivido atrapado en muchas de sus historias y argumentos, la lista de mis lecturas formaría una biblioteca muy extensa, y también escribí algunos por mi cuenta, sobre todo novelas.

De la misma manera que otros locutores les hablarán de política y sobre el arte del gobierno porque conocen bien la administración, o les hablarán de ciencia porque es el campo donde han desarrollado su actividad, yo me ocuparé de los libros porque me he pasado la mayor parte de mi vida escribiendo y leyendo. No voy recomendar ninguno de los libros que he escrito, ni siquiera les diré el título.

Quiero dedicar la charla de hoy a una pregunta que entraña cierta profundidad: ¿son útiles los libros? Sabemos que ocupan mucho espacio y que nos exigen mucho tiempo. De acuerdo, pero, ¿de verdad merecen la pena? Miremos nuestras estanterías, seguro que a más de uno le gustaría colocar allí comida o ropa, pero resulta que no puede porque están llenas de libros. Los libros también ocupan buena parte del día: quizás le apetecería a usted pasarse el día hablando, o jugando, o medio adormilado, pero no puede permitírselo porque tiene que leer un libro. ¿De qué va todo esto? ¿Son los lectores acaso un punto de apoyo del que se sirven los libros para seguir existiendo? La tradición libresco está viva

desde hace tres mil años. Se trata de un lapso breve si se lo compara con la historia de la raza humana, pero es muchísimo tiempo si se lo compara con la vida de un individuo. De una manera u otra los libros se las han arreglado para sobrevivir. Si me permiten, voy a sugerirles tres motivos que explicarían esta pervivencia y que también pueden ayudarnos a comprender por qué son objetos tan útiles.

La primera razón es muy sencilla. Los libros son útiles porque nos proporcionan datos. Queremos saber que está pasando en el mundo o qué ha sucedido en nuestro país y una buena manera de enterarnos es recurrir a los libros. A esta clase de libros les llamo «libros informativos», y acudimos a ellos para aprender algo práctico. Les pondré un ejemplo muy sencillo. Supongamos que quiero ir en autobús de Londres a Bedford. Si no tengo la menor idea de dónde sale la línea, puedo recurrir a un libro que contenga los horarios y allí podré averiguarlo. Después de consultarlo sabrá usted a qué punto de la ciudad debe ir para esperar el autobús, y a qué hora sale; el libro nos ha proporcionado una buena ración de hechos. Pongamos otro ejemplo. Supongamos que he oído hablar de Gladstone y quiero saber más de este personaje. Acudo a la biblioteca y pido un buen libro sobre Gladstone; quizás me recomienden *Vida de Gladstone*, que es excelente. El procedimiento es el mismo que con el horario que nos proporcionó los datos correctos sobre el autobús, pero ahora sobre Gladstone. Un ejemplo más: supongamos que ustedes se interesan por la astronomía y quieren saber más cosas sobre la Tierra y su posición en el sistema solar o en la galaxia; solo tienen que acudir a la biblioteca y pedir una buena monografía sobre el asunto. Al libro sobre astronomía se le llama tratado científico, y al libro sobre Gladstone se le llama biografía histórica; pero no se dejen intimidar por estos nombres ampulo-

sos, los dos pertenecen a la misma especie de libros que el modesto horario que consultamos primero: su propósito es suministrarnos datos.

Como lectores esperamos y podemos exigir a este tipo de libros que nos proporcionen información correcta. Los lectores nos mostramos en este asunto inflexibles. Al fin y al cabo, si nos dicen que el autobús sale a las tres y resulta que salía a los dos y media, lo perderemos, algo que no nos hará ni la más remota gracia. El fiasco se repite si nos aseguran que Gladstone era conservador o que el Sol gira alrededor de la Tierra... Esta clase de errores no benefician a nadie; los hechos que transmiten son incorrectos, de manera que el libro es malo, podemos afirmarlo de manera categórica. Los libros que elegimos para informarnos y aprender cosas deben ofrecer datos ciertos y contrastados.

Estoy seguro de que todos nuestros oyentes estarán de acuerdo con lo que acabo de argumentar: los libros son útiles porque nos informan sobre el mundo que vivimos. Queremos conocer este mundo, y a la curiosidad no le gusta darse por vencida. Esta es una de las principales motivaciones para leer, y la más sencilla de entender, pero no la única. Se me ocurren por lo menos dos razones más, si bien me temo que no son tan sencillas de explicar.

Quiero empezar por un libro de Shakespeare, *Macbeth*, por ejemplo. ¿Tiene *Macbeth* alguna utilidad? ¿Nos informa de hechos contrastados? Muy pocos. Sin duda está escrito sobre una base histórica, pero presentada de manera tan oscura que apenas obtenemos un par de datos fiables sobre la historia de Escocia, donde transcurren los hechos. *Macbeth* no nos sirve para aprender la historia de Escocia como *Vida de Gladstone* nos servía para aprender cosas sobre Gladstone. Nos enfrentamos a una clase de libro bastante distinta. Lo que Shakespeare se propone con *Macbeth* es inventar y

crear un mundo y unas historias que no existían, que salen por primera vez de la mente de Shakespeare, y que si él no hubiese nacido para convertirse en lo que se convirtió, nunca jamás hubiera leído nadie. Esta es la segunda especie de libro de la que quería hablarles. Un libro de la primera especie lo juzgamos bueno si nos informa adecuadamente del segmento de vida en el que nos hemos interesado. Un libro de la segunda especie es bueno, entre otras cosas, si el mundo que convoca nos parece vivo. Los críticos llaman a esta clase de libros «literatura imaginativa».

Busquemos otro ejemplo. Me vale con cualquier novela buena que hayamos leído últimamente. En mi caso elegiré *Esposas ancianas* de Arnold Bennett. Esta espléndida novela es buena no porque nos proporcione datos fiables sobre el mundo sino porque levanta una región imaginaria. Quizás el lector aprenda de pasada algo sobre la Inglaterra de provincias, pero el auténtico objetivo del libro es el desarrollo de las dos hermanas protagonistas: Constanza y Sophia. El libro es bueno porque Bennett consigue inventar personajes y situaciones verosímiles.

Si usted es lector de poesía moderna le proporcionaré ahora mismo otro ejemplo: *La tierra baldía*, un hermosísimo poema de T. S. Eliot. Este libro es bueno gracias a la emoción que desprende su atmósfera. Esta atmósfera (y la tierra de la que habla el poema) no existe realmente, no puede encontrarse en ningún mapa, no la cruza ninguna línea de autobús ni tampoco de ferrocarril. El poeta inventó una tierra y consiguió que pareciese real: esta es la prueba de que el libro es bueno. El horario de autobuses, un volumen sobre la vida de Gladstone y el manual de astronomía pertenecen a la misma especie de libros. *Macbeth*, *Esposas ancianas* y *La tierra baldía* pertenecen a la segunda especie.

Ahora bien, esta segunda clase de libros no le gusta a todo el mundo. Y no existe un criterio exacto. O te gustan o no te gustan, y no hay nada más que añadir. Les confieso que a mí sí me gustan. Me gustan más que cualquier otra cosa. Si no fuese así, no hubiese podido dedicarme profesionalmente a la literatura ni estaría hablándoles aquí esta tarde. Pero basta con reflexionar un poco sobre el asunto para darse cuenta que es absolutamente imposible demostrar que un libro de esta especie tenga la menor utilidad. Si uno considera que leer *Macbeth* es una pérdida de tiempo, entonces es que para él leer *Macbeth* es, sin discusión posible, una pérdida de tiempo.

Las personas a las que les gusta esta segunda clase de libro no son más inteligentes, tampoco más tontas, ni más virtuosas, ni más malvadas. El motivo por el que los leen es que se sienten concernidas por la ficción. Yo siento muy a menudo que la ficción me llama con fuerza; se trata de un tirón interno, estoy seguro de que a muchos de ustedes les pasará lo mismo. Las personas que comparten mi inclinación por los libros de ficción preferirán comprarlos y leerlos antes que los textos informativos. Preferirán la novelas, las obras de teatro y los poemas por encima de los horarios de trenes, la biografía de Gladstone o un buen libro de historia. Pero sé bien que muchos de ustedes no comparten estas preferencias, algunos han llegado a convencerse incluso de que los libros de ficción son una basura. No voy a entrar a discutir este asunto, de hecho se trata de juicios que no pueden debatirse. Quien piensa así no es más refinado o más basto que quien se siente tan atraído por la ficción como yo. Sencillamente, se trata de personas distintas con intereses diferentes. Aunque quizás sí se me ocurra una cosa que podría decirles, y es que, si sienten la tentación de darle una segunda (o tercera) oportunidad a esta especie de libro, les

convendría modificar antes los criterios con los que los han juzgado hasta ahora. Lo que da valor a estos libros nunca es la verdad contrastable de las historias que cuentan. No olviden que *Macbeth* comienza con las palabras: «Entran tres brujas», y todos sabemos que las brujas no existen en el mundo real, aunque sí existieron en la mente de Shakespeare y siguen existiendo en *Macbeth*. En el momento que el lector acepta estos criterios está bien dispuesto para reencontrarse con la ficción, para volver a sentir su llamada.

Quiero hablarles ahora de la tercera clase de libros. Hemos aprendido que hay libros que enseñan hechos y libros que crean hechos. ¿De qué trata la tercera especie de libro? O, para ser más rigurosos con la pregunta: ¿cuál es la tercera razón para leer?

Nuestro tercer motivo para leer es que con frecuencia necesitamos ayuda. El mundo actual se transforma progresivamente en un lugar difícil y peligroso, y nos beneficia toda la ayuda que podamos obtener para movernos en él. Cuando yo era joven la sociedad no eran tan filosa como la encuentro ahora. Las personas vivíamos con cierta seguridad. Sabíamos que el mundo no era perfecto, lo veíamos a diario, pero esperábamos una mejora gradual, y estábamos seguros de que no iba a empeorar.

Nos gustaba la civilización europea, sabíamos que su progreso sufriría altibajos, pero nos quedábamos satisfechos pensando que la civilización estaba ya en marcha y que nada podía aplastarla. Estaban las guerras, claro, pero nos convencimos de que esta clase de conflictos se volverían más y más residuales a medida que se propagase la educación. Mi generación se concentró más en su propia alma (por la que andábamos muy preocupados) que por la salud social. Dejamos los asuntos exteriores y la política en manos de expertos y nos concentramos en nuestros problemas privados.